ADOPCION

Mi amiga Virginia era una pulcra soltera de cincuenta y dos años, que había llevado siempre una vida muy ordenada, y se encontraba ahora sola, viviendo de sus rentas familiares y recibiendo la visita ocasional de algunas parientes. Era delgada, aunque no muy alta, de piel blanca, cortada por dos arrugas verticales en ambas mejillas, y de ojos azules y luminosos. Vivía en una casa enorme con una alfombra mullida, estantes de libros y adornos de metal plateado. Se vestía con un traje de color entero o a dos colores, verde, azul, blanco y negro. En su rostro siempre había el esbozo sincero y cálido de una sonrisa y en las atenciones que tenía conmigo —la tacita de porcelana, la charla y la música— se dibujaba algo así como un gesto de aristócrata, que me había escogido para refugiarnos en el reino de nuestras maravillosas y selectas aficiones. Sus grandes placeres venían de la pintura, los tapices y la música barroca. A nuestra edad, y dada nuestra condición de solterones apacibles, estas cosas no me parecieron extrañas, y llegué a aficionarme a ellas. Algunas veces, sin embargo, me asaltaba el aburrimiento. En esas ocasiones me iba a la despensa y sacaba una botella de jerez que parecía estarme reservada. "Tómate una copita", le decía irónicamente. Ella, después de vacilar, cogía la copa y me permitía llenársela hasta el borde.

Aunque nunca se lo mencioné, su rostro con frecuencia mostraba las huellas de una interminable y silenciosa noche en

la soledad de su casa. "A veces, en estos últimos días sobre todo, he sentido algo así como una ansiedad", me dijo en una ocasión. Algunas tardes, cuando le sugerí acompañarme a reuniones públicas con algunos amigos, se negó explicándome que no era aficionada a los grupos de mucha gente. "No me gustan las reuniones multitudinarias", me repitió una y otra vez. En esas ocasiones, sus ojos azules hundidos en leves pozos de ojeras, me miraban con una sonrisa y su piel blanca se cruzaba de dobleces. Me parece aún estar viendo su cabeza de dragón aterciopelado, mientras me decía esta frase, y luego cambiaba de tema, como para protegerse de algo. "No me gusta, no me gusta estar con mucha gente", me insistía.

Una tarde, hace ahora ya algunos años, me reveló la noticia. Había hecho la gestión con la Beneficencia y el Puericultorio, y cuando me lo confesó, la cosa ya parecía decidida. "Si pudiera tener un niño aquí, todos los días", dijo. Añadió que iría la mañana siguiente, para acabar los trámites.

"Ya he escogido uno", me confesó una semana después, apenas llegué a su casa, y por primera vez se acercó a mí y me abrazó.

Aún llevo conmigo, porque esa sería la última vez que la vería así, la cara de felicidad que seguía brillando al separarse, una cara transtornada por la convicción de haber empezado a querer a alguien.

"Tómate una copita", le dije dulcemente. "Estás muy excitada aunque no es para menos".

Unos días después fui a conocerlo. "Lo trajeron anoche", me dijo, "y estuvo durmiendo hasta tarde, pobrecito".

Cuando lo vi acababa de tomar desayuno, y estaba vestido con una camisa beige y un pantalón de franela gris. Era bajo, de piel oscura, mejillas anchas y boca grande. Tenía un aire despierto aunque parecía asustado. Ella le había rodeado el hombro con el brazo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Pedro Montero —me contestó.

—¿Y te gusta tu nueva casa? —seguí, empezando a sentirme incómodo.

—Sí. Está bien —murmuró.

—Con el tiempo te va a gustar —intervino suavemente Virginia—. Ahora vamos para que conozcas tu cuarto de estudio.

Ambos desaparecieron y cuando ella regresó sola, le dije que debía despedirme pues me esperaban en la oficina.

—Tiene siete años —me explicó— y lo abandonó su madre. No tenía trabajo ni dinero y lo dejó en la Beneficencia con una nota.

—Te felicito —dije, acercándome a la puerta—. Parece muy buen chico.

—¿Quieres venir a comer esta noche? —preguntó.

—Sí. Con gusto —le contesté—. Puedo traer un vino, para celebrar.

Esa tarde hablé con doña Leonor, una vieja amiga de Virginia, que me llamó especialmente para comunicarme su opinión. "Es un error", me dijo. "Es un error porque ella es demasiado mayor para empezar a educar a un niño de esa edad y también porque quién sabe qué genes tendrá escondidos. Además", me dijo la señora, "aunque usted me acuse de racista, también es un error porque ese niño es un cholo, con todas sus letras, y perdóneme, pero meter un cholo a la casa, así, como ha hecho ella, es como meter a un emisario del demonio".

Doña Leonor añadió algo, muy parecido a lo que acababa de decirme, y luego se despidió rápidamente. Sus frases me habían parecido de poca importancia. Esa misma noche, sin embargo, mientras veía al niño usando los cubiertos, las palabras de la señora Leonor vagaban, transformadas, sobre la mesa.

El tiempo fue pasando y el pequeño Pedro pareció adaptarse a su nuevo hogar. Se vestía bien, iba a un colegio de sacerdotes canadienses y, para alegría de Virginia, empezó a llevar algunos amigos a la casa. Sin embargo, en mis periódicas visitas, me di cuenta que los amigos cambiaban con frecuencia y que era difícil que un mismo chico siguiera yendo más de dos o tres veces.

Algunas noches me recibía con insistentes saludos, llenos de aspavientos, y otras apenas me miraba con una remota venia, sentado en el sofá de la sala o subiendo las escaleras. Virginia me

seguía hablando de los temas habituales durante el té con galletas y las sesiones de música en las que ambos nos sumergíamos. Me contaba historias conocidas que yo casi por costumbre, por afecto, por caballerosidad, me sentía contento de escuchar. Por sus silencios y por la tristeza en sus ojos y por la humedad de sus mejillas perfumadas, yo ya había adivinado que ese hijo adoptivo había dejado de ser un niño para ella y tomaba ahora, en efecto, la forma de un diminuto y malévolo extraño.

—Quería hablarte de Pedro —me contó un día, después de una larga pausa.

—Cuéntame —le contesté.

—Desde hace tiempo está muy raro. Yo trato de conversar con él, de preguntarle por sus clases y sus amigos, pero apenas me contesta. La profesora del colegio dice que no habla con muchos niños y sus notas son muy malas.

—Tendrás que hablar con él —le contesté.

—Pero no es sólo eso. No es sólo eso —dijo ella—. Por las noches —siguió en voz baja—, por las noches pasan cosas en la casa. Oigo ruidos, puertas que se cierran, pasos en la escalera, alguien que se acerca a mi dormitorio. A veces me despierto y lo siento junto a la puerta, espiándome.

Virginia se detuvo y su rostro se convulsionó ligeramente. Vi, con sorpresa, que una lágrima resbaló por su mejilla.

—Estoy segura, estoy segura que quiere hacerme daño —dijo de pronto—. Tiene algo dentro de él, algo que quiere destruirlo todo. ¿Pero por qué?

—Porque siente que no te conoce —aventuré, asombrado de mi firmeza—, y a lo mejor siente que tú no lo quieres.

El papel de consejero no me quedaba muy bien, pero ella parecía necesitar uno; una nueva determinación apareció en sus ojos.

—Tengo que hacer un esfuerzo —murmuró—. No sé cómo, pero tengo que acercarme a él. Tal vez todavía pueda.

Durante el resto de la conversación, le repetí lo que recordaba haber leído durante toda mi vida sobre los niños. Es una edad muy difícil, los ocho años, recordé, el niño empieza a sentir que tiene la inteligencia y las fuerzas, por primera vez, para ha-

cer algo por sí mismo y hace uso de esa fuerza al máximo. El es quien está experimentando porque es un niño y es impulsivo. Pero sólo la experiencia lo va a hacer aprender. A ti te toca como madre ser paciente. Claro que tu situación es algo peculiar, porque es un niño adoptado, pero...

Ella había asentido con aire preocupado a todo lo que yo, sin entenderlo muy bien, le estaba diciendo. Mientras hablaba, pensé que el verdadero problema era que ella no se había decidido nunca a cambiar ni un detalle de su vida para tratar de adaptarla a la llegada de Pedro. Le había preparado un dormitorio impecable, lo había hecho estudiar francés todos los días, y se recluía con él en su cuarto, para escuchar música. En el fondo, tal vez, Virginia quería querer a ese pequeño ser como si fuera una de las figuras de sus tapices, un niño esbelto y delicado, de cara limpia, que adornara su vida con amor. Y cuando ese niño de piel oscura, la había mirado desde alguna parte, y le había mostrado que nunca iba a encajar en el mundo que ella le había preparado, algo se había dado vuelta en su alma, algo que ahora, poco a poco, estaba tratando de apaciguar.

En los días siguientes, me di cuenta que yo también empezaba a sentirme involucrado en el asunto y que pensaba con frecuencia en el mejor modo de tratar a Pedro. Leí algo sobre casos de adopción. Le di nuevos consejos y nos vimos mucho. Pero todo fue inútil. Tres meses después de nuestra primera conversación, casi un año después de haberlo recibido en su casa, Virginia me llamó llorando a decirme que Pedro había desaparecido de la casa durante dos días, sin dejar ni una nota. "Ni siquiera se ha llevado su ropa. Lo ha dejado todo como estaba", murmuró. Había llamado a la policía, a amigos suyos y al colegio, pero nada. El chico había desaparecido.

El asunto no dejó de afectarme y hubiera querido ayudar más a Virginia, pero ocurrio algo imprevisto. Por ese tiempo, gracias a un amigo, conocí a Celia, una mujer de mediana edad, de ojos serenos y una sonrisa dulce en la que aparecía, a veces

con un maravilloso chisporroteo de fuerza, una expresión de niña. Algo muy intenso, muy sorpresivo me estaba ocurriendo. Con ella empecé otra vez a caminar por Lima, y sentí que volvía a conocer mi ciudad. Los fines de semana recorríamos los barrios viejos —Chorrillos, los Barrios Altos, Barranco—, y en todos ellos recordaba las caminatas de mi infancia. Nos veíamos casi todos los días, por las tardes, y pasábamos largas horas de charla y de compañía, en la intimidad de mi casa o al aire libre. Yo estaba viviendo algo que no era una nueva juventud sino más bien el esplendor de la vejez: mientras caminaba con ella, mientras la besaba y le hacía el amor, mientras comíamos juntos en silencio, yo sentía que estaba gozando con calma de todos los matices de esa dicha, y que sólo a mi vejez podía haber disfrutado de mi felicidad, viviéndola en todos sus detalles. Con ese escrupuloso entusiasmo, yo salía todos los días del trabajo para ir a buscar a Celia, mi mujer, y salir a caminar o ir al cine o besarnos, entre copas de vino, comentarios en el oído y buenas comidas de mariscos.

Dejé, pues, de ver a Virginia y a algunos otros amigos de mi edad que hacían lo mismo que ella: refugiarse de la vejez en la exquisita suite de la comodidad y el dinero, en los departamentos de San Isidro, de los que nunca en realidad habían salido.

Sin embargo, el tiempo que había pasado cerca de ella me iba a alcanzar indefectiblemente, pues una mañana, casi un año después de haber dejado de verla, mientras paseaba por el parque de Miraflores, me encontré con Pedro. Yo me había sentado en una banca y él se había acercado a ofrecer sus servicios como lustrabotas. Cuando insistió, me di cuenta que era él, muy delgado, con la cara sucia y el pelo levantado y largo.

—¿Pedro? —le dije—. ¿Eres tú?

El me miró fijamente, y luego bajó la cabeza.

—Ah, es usted —murmuró.

—Sí; soy yo —traté de sonreír—. Pero ven, dime. ¿Dónde estás ahora? ¿En qué trabajas?

—Hago esto —dijo, señalando su cajoncito con franelas y betún—, y saco algo.

—¿Pero dónde vives? —me atreví a insistir.

—Allí, en Surquillo —contestó, después de una pausa—, con otros amigos.

Hubiera querido sacar algunos billetes y dejárselos, tal vez por un lejano sentimiento de culpa. Hice un movimiento hacia mi billetera, pero me contuve.

—¿Le lustro? —dijo.

—Bueno —contesté.

Sus manos accionaron sobre los costados de mis pies, con gran destreza. Cuando me sugirió que debía echarme un acondicionador, advirtiendome que me costaría cuatro mil soles más, a cepté sin dudarlo. Pude hacerle dos o tres preguntas mientras trabajaba, pero me contestó con monosílabos.

—Son seis mil soles —dijo por fin, mientras guardaba sus trapos en el cajón.

Saqué el dinero, y se lo di. Le agradecí varias veces, deseándole suerte, y luego, con cierto alivio, me di vuelta para continuar con mi paseo.

—Señor Jorge —dijo.

El siempre me había llamado tío Jorge o simplemente Jorge cuando vivía con Virginia.

—Sí —me volteé.

Se acercó unos pasos con la cara fija en mí, y me preguntó lentamente:

—La señora —dijo—, la señora Virginia, ¿sigue viviendo allí, en esa casa?

—Creo que sí —contesté, sin saber que mi respuesta iba a decidir el futuro de ese niño—. No la veo hace un tiempo pero me parece que aún vive allí.

Pedro se volteó y salió caminando rápidamente. Yo anduve un rato más por el parque antes de subir a mi carro. Sin saber por qué, el encuentro con Pedro me había dejado algo nervioso.

Al llegar a mi casa, pensé en llamar a Virginia para contarle el episodio, pero no lo hice.

Fue ella quien me llamó unos días más tarde.

—¿Jorge? —dijo su voz al otro lado—. ¿Eres tú?

—Sí —contesté—. ¿Virginia? ¿Cómo estás?

—Ha pasado algo terrible, Jorge —bajó la voz—. ¿Puedes venir un momento?

Cuando llegué a su casa, la encontré en la sala. "La señora está muy triste", me dijo la empleada, mientras me llevaba hasta ella.

—Virginia —le dije—. ¿Que ha pasado?

—Es Pedro —contestó ella—. Es Pedro. ¿Te acuerdas de él?

—Claro. ¿Cómo no me voy a acordar? ¿Pero qué ha pasado?

—Anoche —dijo con los labios temblorosos—, anoche se metió aquí y trató de robar. Estaba con otro niño. Se llevaron algunos jarrones, platos y ceniceros. Entraron y salieron por la ventana, pero en la calle un policía los detuvo. Luego los trajeron, despertaron al guardián y esta mañana me despertaron a mí —terminó sollozando.

—¡Qué raro! —murmuré—. Estuve con él la semana pasada, en el Parque de Miraflores.

—¿Lo viste? —elevó los ojos.

—Sí. Estaba lustrando zapatos en el parque. Apenas hablamos, pero me reconoció en seguida —después de una pausa me atreví a sugerirle que tomara una taza de té y se calmara.

—Pero es natural que esté afectada —dijo, y sus ojos se humedecieron súbitamente—. Es natural que lo esté. Yo traje a ese niño a vivir conmigo. Le di una casa, una educación y en lo que pude, una compañía. Y ese niño se volteó contra mí. Vino hacia mí y quiso hacerme daño. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo primero es saber dónde está —le dije.

Al día siguiente, Virginia me avisó.

—Lo han llevado a la correccional —me dijo.

—¿A Maranga? —pregunté.

—Sí. No se sabe la sentencia todavía pero allí se va a quedar. No puedo hacer nada.

—¿Quieres sacarlo?

—Quiero saber cómo está —me dijo—, y te quiero pedir un favor. Tú tenías una buena relación con él. Una vez me dijo que le caías bien. ¿Puedes ir a verlo?

—Voy a ir —acepté.

Esa misma tarde, llegué hasta la pared sucia que me anunciaba que estaba en el Instituto. Después de hablar a través de la puerta, logré entrar y avancé, a través de una cancha, hacia la oficina del director. Algunos niños, dispersos, caminaban cerca de mí y de vez en cuando se detenían a mirarme. Por fin llegué a la puerta indicada y depués de una pregunta, logré pasar. Un hombre grueso, de bigotes, me recibió en su escritorio.

—Sí. ¿Qué desea? —me dijo.

—Vengo a ver a un muchacho —le contesté.

—¿Es usted su pariente?

—Soy su apoderado —concluí—, y soy abogado. —Después de enseñarle mi tarjeta, agregué:— Se llama Pedro Montero, y entró hace poco.

—Zegarra —dijo el hombre en voz alta, volviendo la atención hacia uno de sus papeles.

Un zambo alto abrió la puerta.

—El señor viene a ver a un interno —le dijo—. Búsquelo y llévelo con él.

—Gracias —dije, levantándome.

El hombre hizo una venia.

Poco después, sentado en una grada de cemento, vi aparecer a Pedro. Tenía el pelo corto y la cara limpia. Contra lo que yo había pensado, no parecía sorprendido de verme.

—¿Cómo estás? —lo saludé.

El muchacho encogió los hombros.

—¿Te tratan bien aquí? —le dije.

—Sí. Estoy bien —me contestó.

Sus mejillas redondas apenas se movían mientras hablaba. En sus ojos achinados había una rigidez de indiferencia que no dejaba de molestarme.

—Virginia estaba preocupada por ti y me pidió que viniera —dije.

—No sé por qué está preocupada —contestó de inmediato. Después de una pausa su tono cambió: —Usted que es abogado —me dijo—; haga algo por mi amigo. Entró conmigo a la casa pero no tiene la culpa. Yo lo convencí.

—Vamos a ver lo que se puede hacer —murmuré.

Me levanté y prometí volver pronto. Dijo "muy bien" y dio media vuelta. Mientras me alejaba, oí que se había vuelto a llamarme.

—Señor Jorge —había dicho.

Me volteé y lo vi parado, como una estatua.

—¿Va a ver a la señora? —me preguntó.

—Sí. Seguramente —contesté.

—Cuando la vea —murmuró—, dígale que la odio.

Esa misma tarde, llegué a la casa de Virginia y me senté con ella, junto a los estantes brillosos que alguna vez habían sido parte de nuestra vida.

—Dime —me suplicó—, dime cómo está.

—Me pareció que estaba tranquilo —contesté, dándome cuenta que sería incapaz de confesarle la verdad.

—¿Pero qué te dijo? —insistió ella.

—Yo creo que se da cuenta del mal que hizo, y que en lo que cabe está arrepentido. Lo único que lo movió fue una chica a la que quería invitar. No tenía dinero, hacía tiempo que no

comía bien, y decidió arriesgarse con la única casa que conocía. Me dijo que sentía mucho haberte hecho daño, y que esperaba que lo perdonaras.

Virginia bajó la cabeza y permaneció en silencio. En ese instante, se me ocurrió una idea.

—Yo creo que no deberías ir a verlo —le dije—. Va a ser una impresión muy fuerte para ti. No hagas la denuncia y deja que lo suelten. Yo me puedo ocupar, si quieres. No creo que él quiera verte, porque está muy avergonzado pero ha aprendido su lección. Es tu hijo, después de todo. No puede haberse olvidado de lo que hiciste por él. Y esto le puede servir para enmendarse.

—Sí; no voy a hacer la denuncia. Anda mañana, por favor, y sácalo —me suplicó. Haciendo un esfuerzo, después de una pausa, añadió: —Dile que las puertas de mi casa están abiertas otra vez, que puede volver cuando quiera.

—Muy bien —le contesté.

Al día siguiente fui a la comisaría y luego al Instituto. Después de una conversación y unos papeles en la mano, salí a la calle con Pedro a mi costado. La mañana era fría y húmeda, y entramos al carro rápidamente.

—¿Y mi amigo? —me reclamó.

—Va a salir dentro de un rato —le contesté—. Virginia no hizo la denuncia.

Miró hacia un costado; una niebla cerrada cortaba la calle.

—Supongo que no querrás ir a verla —añadí—, y tal vez sea mejor así. Lo único que te pido es que no lo vuelvas a intentar.

—No te preocupes —dijo—. No lo voy a hacer.

—¿A dónde te llevo? —le pregunté.

—A ninguna parte —dijo lentamente—. Tengo que ir a una casa, muy cerca.

Abrió la puerta del carro y se bajó.

—Gracias —me dijo.

Alargué la cabeza y abrí la luna rápidamente.

—Pedro —lo llamé.

—¿Sí?

—Me voy a casar —le dije, algo avergonzado—. El miércoles. En la iglesia de Barranco. Anda, si puedes.

—Voy a ver —contestó.

Faltaba poco en efecto para mi boda y desde sus preparativos, yo me abracé a este acontecimiento con toda la necesidad que había acumulado durante tantos años. La ceremonia se produjo ante un pequeño grupo de amigos, algunos de ellos enternecidos por el cálido romanticismo de dos personas de nuestra edad, y por el audaz viaje que anunciábamos al Cuzco inmediatamente después de la boda. Virginia estaba invitada a la ceremonia, por supuesto, pero no llegó y su ausencia me pareció comprensible, en vista de sus costumbres reservadas y de su mal ánimo en esos días. Otros viejos amigos en cambio estaban allí, mirándome con una mezcla de envidia y de alegría. Entre sus comentarios a veces figuraban algunas bromas sobre mi edad, que yo recibía resignada y alegremente.

Cuando regresé del Cuzco, supe que Virginia me había llamado muchas veces, con el encargo de que tenía que hablar urgentemente conmigo. "Debe ser algo serio", me dijo mi esposa. "Por lo que me has contado de ella, no acostumbra perder la serenidad".

El problema era serio, en efecto, pues cuando fui a verla al día siguiente, doña Virginia me recibió con un aspecto demacrado que me inquietó desde el primer momento. Tenía la cara enflaquecida y una voz muy débil.

—Ya ves, Jorge —dijo, con toda tranquilidad—, creo que esto se termina. Me ha dado algo a la sangre y me están tratando, pero no hay mucha esperanza.

Su serenidad, y esa especie de distancia con la que me hablaba, me dieron un escalofrío de terror que he revivido varias veces desde entonces.

—¿Quién te está viendo? —pregunté casi mecánicamente.

—El doctor Ponce —contestó—, mi médico de siempre.

Hurgó en un cajón, y sacó unos papeles.

—Quiero que la casa quede en manos de Pedro. El sigue siendo mi hijo, después de todo —murmuró.

–¿Estás segura que es lo que quieres? –pregunté.

–Por supuesto que estoy segura –contestó–. ¿No crees que he pensado mucho en esto?

–Muy bien –le dije–; puedo ocuparme si quieres.

Ella me agradeció en voz baja y luego empezó a preguntarme por los detalles de mi matrimonio. Mientras hablábamos yo seguía pensando en la noticia de su enfermedad y luego, con un ligero alivio, en el encargo que me acababa de dejar.

–¿Sabes dónde vive Pedro? –dije de pronto.

–Claro que sí –contestó ella–. Su dirección está allí, en tre los papeles que te he dado.

–¿Y cómo?

–Un día vino uno de sus amigos, y me dio un sobre –continuó ella–. Me dijo que Pedro estaba bien, y que no había podido venir pero que quería empezar a estudiar en la universidad. Quería que lo ayudara. Yo accedí como era lógico y le dije que volviera, pero el chico nunca regresó.

Se detuvo, mirando hacia abajo.

–En todo caso –agregó–, yo tampoco puedo verlo ahora, pero quiero dejarle algo.

–No te preocupes tanto, y no hables como si fuera el fin –me resigné a contestarle.

Seguimos charlando, con más ánimo, y ella hasta se rió cuando le conté algunas de las bromas que mis amigos habían hecho sobre mi noviazgo. "Lo dicen por envidia", concluyó.

Un rato después, cuando habíamos terminado el té, me levanté para despedirme, y le di un beso. Me acompañó hasta la puerta y una vez que nos detuvimos, me dijo que me deseaba mucha suerte, y que se alegraba de saber que ser viejo no era, después de todo, incompatible con la felicidad. Me detuve a mirarla pues sabía que era la última vez que iba a hacerlo, y luego salí a la calle. Mientras manejaba por la llovizna, pensé que en ese momento ella se había sentado en su cuarto, había puesto algún disco de música de cámara y había cerrado los ojos, gozando con los sonidos, dulcemente. Así podía quedarse, sola, elegantemente vestida, y empezando una sonrisa.

Dos meses después, cuando ya los días se habían vuelto cálidos, me encontré tocando la puerta de una casa en Lince, con un sobre de documentos en la mano.

Una mujer de cierta edad, sucia y con los pelos revueltos, me abrió.

—¿Vive aquí Pedro Montero? —le pregunté.

—Ha salido —dijo la mujer—. Venga a la noche o mejor mañana.

Mientras caminaba de regreso por Canevaro, vi de pronto a Pedro, avanzando en la dirección opuesta. Pareció reconocerme de inmediato y me saludó.

—Venía a buscarte —le dije, tratando de sonreír.

—¿Qué pasa? —contestó.

Nos habíamos detenido junto a un pequeño bar, de mesas de plástico y vitrinas sucias.

—¿Quieres tomar algo? —le dije.

Pedro movió la cabeza y entro conmigo.

Después de consultarle, pedí dos cervezas al muchacho larguirucho que vino a atendernos. Luego volteé hacia Pedro.

—Virginia ha muerto —le dije—; fue una cosa muy rápida, un cáncer que la terminó en unas semanas.

Sus ojos se desviaron un poco pero luego me miraron, como dispuestos a afrontar alguna acusación inmediata.

—Venía sólo a decírtelo —lo tranquilicé—. Tú eres su heredero. Te dejó su casa. Es tuya ahora si me acompañas a hacer algunas gestiones.

—¿Su casa? —se asombró—. ¿Me dejó su casa?

—Sí. Está en su testamento —le contesté—. Es tuya.

—¿Por qué iba a dejarme su casa —dijo—, si nunca quiso verme?

—No sé si nunca quiso verte —murmuré—; tampoco sé si tú quisiste verla a ella. La verdad, nunca entendí cómo ustedes dos podían vivir en el mismo lugar.

El muchacho permaneció en silencio.

—¿Puedo ir cuando sea? —preguntó.

—Sí. Es tuya —repetí.

—¿Y está igual a como era?

—Sí. Pero puedes cambiarla, si quieres.

—No, no creo que vaya a cambiarla.

—¿Y qué piensas hacer? —le dije.

Dudó un momento, mirando hacia un costado. Creo que mientras lo veía comprendí por primera vez cuánto tiempo había pasado desde que había salido de la casa de Virginia. Había algo de adulto en su expresión.

—Todavía no sé —contestó.

—Si quieres, puedo venir por ti mañana para que vayamos a mi estudio —le propuse—. Allí puedes ver y firmar los papeles. Es un rato nomás.

—Muy bien —aceptó—. Dame la dirección y pasaré por allí.

—Puedo venir a recogerte.

—No es necesario —contestó.

Al día siguiente, apareció tal como habíamos acordado. Se había peinado y llevaba una camisa a rayas y un saco negro, algo lustroso. Lo hice pasar y después de una conversación general sobre mi trabajo, saqué los papeles y le indiqué donde debía firmar. Luego le dije que me iba a ocupar de lo demás y que le avisaría.

—Y ahora —seguí—. Tengo aquí las llaves. Podemos ir si quieres.

Pedro asintió. En el camino, me dijo que lo había pensado bien y que su idea ahora era venderla, para tener un fondo que le permitiera dedicarse a sus estudios. Le dije que la idea me parecía buena, y que podía contar conmigo para hacer los trámites. "Ya me ayudaste demasiado", me dijo.

Al llegar a la casa, la encontramos con el pasto del jardín aún verde y con flores cayendo por las paredes de la fachada. Cuando entramos, todo parecía seguir igual, con ese mismo or-

den del que Virginia siempre se había enorgullecido. Sólo una capa de polvo cubría los adornos y la madera del piso.

—Está todo igual —dijo.

—Sí —contesté—. Las cosas nunca cambiaron de lugar.

De pronto vi que se acercaba a un armario y sacaba de allí unos cuadros. Escogió uno que puso contra el suelo. Era un retrato de Virginia. Me acerqué rápidamente.

—Ella misma lo pintó —me dijo Pedro—. A los pocos meses de venir yo a la casa.

El retrato era de una mujer con sus facciones pero algo más delgada, con una blusa blanca y mirando de frente. Tenía una sonrisa que yo no le había visto nunca. Tal vez era ella como se recordaba un poco más joven. Su peinado corto, su piel suave y un gesto de alegría y de afecto resaltaban en un fondo verde. Era Virginia sin duda, pero yo apenas la reconocía. Pensé que había mejorado para estar con nosotros en ese instante. Nos habíamos reunido los miembros de esa familia que quizá ella había imaginado alguna vez y que nunca había podido encontrarse de veras, en la casa que ella nos había ofrecido. No había severidad, ni distancia, ni dignidad en su cara, sino una expresión joven que había atisbado debajo de la otra y que ahora aparecía para decirnos que, a su manera, tan elegantemente imperfecta, siempre había querido escapar de su soledad. Debajo de su máscara de terror por la vida, era esa mujer quien había estado con nosotros todo el tiempo.

Un poco después estábamos en la calle. Pedro tenía la llave en la mano y la guardó.

—¿Qué vas a hacer ahora? —dijo.

—No sé. ¿Por qué?

—Hay una chingana en Lince, cerca de mi casa. Es un poco sucia —se excusó—, pero la comida no está mal. Si quieres vamos.

—Hace tiempo que esperaba oír algo así —le dije, emocionado.